

se apliquen a conquistar su tiempo, echando, como lo hace la naturaleza con las células trabajadas y trabajadas, a golpes, si es necesario, a los viejos momificados e indiferentes!

Algunas veces y con algunas personas que le saludaban al pasar o le visitaban en su casa, la conversación obligadamente recaía en América. El maestro sin preámbulos decía: —Los jóvenes que tienen menos de treinta años son los llamados, son los únicos que por corresponder a este nuevo tiempo pueden gobernar y componer aquello. Desgraciadamente, la mayor parte de América está en manos de los viejos.

—Sí, me decía después, los viejos que se vayan a su casa...

—Maestro, le argüía, ¿y su experiencia?...

—No sirve de nada porque es experiencia de *avant-guerre*, porque su experiencia de métodos, por ejemplo, vive otro tiempo, el viejo tiempo hundido en la hecatombe de Europa, para siempre y por fortuna. Los nuevos sistemas, la nueva forma de ser de las sociedades que ahora rompen el cascarón como los pollitos, no ha menester de la experiencia de los que ya están muertos. Los viejos para mí están muertos. No cuentan, no valen, no sirven para nada en este siglo xx. Que se vayan a su casa; es lo mejor que pueden hacer...

Bebiendo una taza de té, un amigo le pregunta a quemarropa:—¿En qué ala de la política se encuentra, maestro?

—Soy izquierdista por convicción. En la vida hay que ser izquierdista o derechista. Los que se acomodan en términos medios no me interesan, como no me interesan los que se abstienen de actuar en la política. Yo simpatizo con lo que es vivo y militante, con lo que significa movimiento. Personalmente, por ejemplo, no me gusta la pintura futurista, pero creo que todos los pintores jóvenes deberían empezar para vivir su tiempo, por ser futuristas. Si a los veinte años se es académico, *pompier*, es como principiar en la sepultura. Mi deseo es que el mundo se renueve sin cesar, soy heraclítico. Detenerse es morir. Es necesario que los hombres de ideas estén en marcha y no en actitud de impedir que los demás anden.

—¿Cree, maestro, que la revolución rusa consiguió sus fines?—pregunto yo.

—Ninguna revolución ha conseguido todos los fines que se proponía al estallar; sin embargo, todas establecen las bases de un nuevo régimen. El éxito de la revolución rusa fué limitado porque no se extendió a Alemania, pero en la historia de la

humanidad no se registra otro grupo revolucionario tan coherente y estable.

—En el orden de las ideas yo creo que triunfaron—, atreví.

—Sí y no.

Iba a continuar, pero alguien le habló de otra cosa y la conversación resbaló blandamente a propósito de faldas, de amores y amoríos.

Leyendo un periódico, me decía el maestro en otra ocasión, una de las últimas mañanas de junio:—Aquí en Francia acabarán por un golpe de estado. Los militares, los comunistas, los clericales o los monarquistas, qué sé yo, pero Francia no podrá salir de su catástrofe económica con gobiernos de politiqueros sin carácter y, lo que es peor, que no saben a dónde van. Tiene muchas deudas y a diario las aumenta por sus fantasías imperialistas que requieren mantenimiento de ejércitos en el extranjero. Por este camino dentro de cincuenta años no habrá pizarrón en el que pueda escribirse la cifra de sus deudas, porque serán muchos ceros, muchos ceros.

—Y usted, señor Ingenieros, le dijo no sé quien, un periodista creo, ¿no tiene obras en preparación?...

El maestro sonrió y piadosamente le repuso:—No.

Cuando el periodista se había marchado, me dijo riendo muy satisfecho:

—Tengo varias de sociología, pero ahora no es tiempo de hablar de eso.

—¿Tiene algunos trabajos de sociología netamente americana?—vino a preguntarle otro, y el maestro sonrió y dijo:—No.

—Sí tengo, me dijo cuando el señor periodista se había marchado casi con un puertazo en las narices.

—¿Cree usted que el socialismo sea importable a América?—le espió un anarquista argentino, muy simpático y muy joven.

—No; imposible lo creo—repuso Ingenieros.

Esta vez sí no estuve de acuerdo y hube de argumentar, hube de encenderme recordando la masa inmensa de hombres que bajo la presión de las democracias capitalistas de nuestra América, organizadas en nombre de una autoridad que no existe, sufren y trabajan cada día hasta su muerte amasando capitales que señores de mucha manga y ninguna moral, vienen después a malgastar a Europa, pagándose el lujo de vivir como los más, entre una corte de prostitutas brillantes y de caballeros de industria que los explotan casi siempre. El problema social de América está por resolverse y tiene que resolverse en lo que falta de este siglo. Y aparte de eso, antes de ir al pueblo, principiará la revolución por demoler las ruinas metafísicas y

teológicas de una veintena de democracias vaciadas en moldes liberales, las más adelantadas; y por tirar de sus tronos de lodo: a Gómez, en Venezuela y a Leguía, en el Perú. Hay que remover muy hondo, muy hondo. Hay que arrojar contra los que nos creen en el mejor de los estados sociales, porque al amparo de él logran una vida miserable de burgueses pequeños o ganan dineros (el verbo ganar en el sentido capitalista), verdades como montañas, gritar y maldecir para que los opresores ni en sus agonías de perros tengan esperanza de perdón. Las *zafras* argentinas, en Tucumán, las *fazendas* brasileñas, los *yerbales* paraguayos, los *rotos* chilenos, los *pelados* mexicanos y los *indios* de Guatemala, ¿qué son sino parias esclavos explotados por una partida semicivilizada de explotadores?... Nunca he estado más lleno de energía para decir todo lo que pensaba y nunca lo pude haber dicho mejor. Sentía con mi sangre y con el alma lo que en América sucede.

—Sí, maestro, sí, hay problemas sociales y el socialismo es planta de fácil trasplante. La juventud de América en su mayor parte es socialista, es comunista, es anarquista, sin saberlo a veces, y tiene que acabar con lo caduco, representativo de las pasadas épocas en que había igualdad entre los hombres, igualdad política, pero no igualdad económica.

La última vez que le ví, le preguntó un diplomático sudamericano su opinión sobre la guerra del Rif, y contestó:—La revolución francesa, la americana y la rusa significan lo mismo que la rifeña. Todo latinoamericano que no sea partidario de Abd-El-Krim, me parece contagiado e inoculado de imperialismo. Yo sufrí palos cuando niño por defender a Maceo que no era, como ustedes saben, ni un científico estragado ni un hombre de letras. Maceo fué en Cuba lo que hoy Abd-El-Krim en Marruecos. No digo el hombre, digo la idea. La teoría de Inglaterra, Francia, España e Italia para introducirse en Marruecos, es la misma que practican los Estados Unidos en Latinoamérica. Esto es hablar con una claridad que no pueden usar los diplomáticos. La posición de Abd-El-Krim frente a Europa es la misma de los países de América frente a los Estados Unidos.

Fatigaría al lector si fuese a contar en una sola pieza las interesantes opiniones que oí dar a Ingenieros. Mi propósito no es sino traducir en estas líneas el sentimiento que en mi espíritu dejó el hombre, ya que antes sus libros me habían inspirado un sano optimismo, un deseo reno-